



Diario Clarín

14 de julio de 2011

Para saber qué quiere el pueblo

■ Por Roberto Gargarella*

Qué querrán expresar, con su voto, los ciudadanos que, a nivel nacional, voten por el kirchnerismo? ¿Querrán decir que favorecen la Asignación Universal por Hijo? ¿Que no les interesan las acusaciones de corrupción que recaen sobre el Gobierno, mientras que el país “crezca”? ¿Que aprueban el Matrimonio Igualitario? ¿Que les complace que se decida todo (aún lo que la Constitución impide) a través de decretos de necesidad y urgencia? ¿Que rechazan esos decretos, pero que a pesar de ello reconocen progresos, en todos estos años, que quieren premiar? ¿Que la oposición es peor? ¿Que mejor siga todo como está, porque en tiempos de incertidumbre es preferible no cambiar nada? ¿Que hay que profundizar el modelo? ¿Que, por el contrario, hay que cambiarlo inmediatamente, pero que es mejor que ese cambio lo haga el propio gobierno? La lista de alternativas podría seguir al infinito.

(El mismo ejercicio podría repetirse, por supuesto, si no habláramos de quienes votan por el Gobierno, sino de quienes lo hacen por algunos de los partidos de la oposición.) Probablemente, muchos ciudadanos voten por una combinación de esas razones (digamos Matrimonio Universal, más Asignación Universal por Hijo, más creación de empleo); otros tantos soporten al oficialismo por razones entre sí opuestas (tal vez algunos valoren el “decisionismo” verticalista del Gobierno; mientras que otros vean, en algunos logros -como el aumento de los puestos de trabajo- una forma de democratizar a la sociedad); y otros más quieran dar un apoyo enfático a ciertas iniciativas, aunque querrían que se terminase, de una buena vez, con otras tantas

* Profesor de Derecho Constitucional (UBA – U. Di Tella)



(pongamos, la minería contaminante; el maltrato a los grupos indígenas; las licitaciones resueltas de antemano; la manipulación de todas las cifras).

A pesar de todas estas variaciones, los resultados electorales terminarán, como siempre, por aplastar la diversidad de razones y preferencias existentes ; y le permitirán a los intérpretes del caso -especialmente a los más poderosos, política o económicamente hablando- reconstruir lo sucedido del modo en que deseen o que más les convenga. Algunos dirán, entonces: “a través de su mensaje en las urnas, el pueblo exigió ratificar (o cambiar) el rumbo económico”. Otros más proclamarán, mientras tanto: “El pueblo, con su contundencia habitual, ha mostrado su absoluto apoyo (o enojo) en las urnas”. Y, lo peor de todo, muchos empezarán a darnos lecciones acerca de las virtudes y desgracias de la “argentinidad.” “Al pueblo argentino, finalmente, le gusta que lo maltraten”; “a los argentinos les encanta delegar autoridad”; “si los argentinos ven que la economía crece, luego aceptan cualquier cosa”.

El punto que quisiera presentar es sencillo: antes de que empiecen a aparecer estas habituales y manipuladoras interpretaciones “a posteriori,” cabría dejar en claro que, si quienes están en el poder quieren saber, realmente, “qué es lo que quiere el pueblo argentino,” lo mejor sería que se lo preguntasen, en lugar de tratar de deducirlo de donde no pueden hacerlo.

Y que se lo preguntasen, sobre todo, por medios que le permitan a la ciudadanía expresar qué es lo que aprueba, y qué es lo que rechaza de lo que ya se ha hecho; qué políticas prefiere que continúen y cuáles repudia, y por qué razones; qué medidas querría que se tomasen, y cuáles desearía que quedasen archivadas para siempre; a qué funcionarios sostiene y a cuáles no.

Todo este tipo de precisiones, en cambio, nunca podrán revelarse con un sistema plano, opaco, “chato,” de votación, que aparece cada cuatro años y que es “a todo o nada,” que nos impide a los ciudadanos premiar lo bueno a la vez que castigar lo malo. Más bien lo contrario: se nos obliga a votar a favor -y entonces parece que uno lo acepta todo- o en contra -y parece, entonces, que uno rechaza todo.



La democracia popular requiere de formas de control, diálogo y evaluación alternativas, más permanentes y más abiertas a reconocer los matices del pensamiento ciudadano. Al poder, sobre todo (pero también a muchos de sus analistas) el diálogo, el reproche, la crítica, parecen asustarle: se jactan de hablar en nombre del pueblo, sin jamás darle a ese mismo pueblo la oportunidad de hacer distinciones, de presentar réplicas, de exigir rectificaciones, de decir que no, definitivamente, frente a los particulares funcionarios o las particulares políticas que ya no tolera.